

Letras

ESCRITORES CATOLICOS INGLESES

I.- LOS NEO-CONVERSOS: EDITH SITWELL

En ningún país como en Inglaterra se convierten tantos intelectuales ilustres. La lista de los de primera magnitud comienza con Newman, pasa por Chesterton, Mannings y Hopkins, continúa con Graham Green y Evelyn Waugh; de menos cuantía para oídos extranjeros son los nombres de Windham Lewis, Maurice Baring, "Lucas Mallet", R. Hugo Benson, Thompson, etc. Se puede completar la experiencia: en una colección de trabajos con que los católicos conmemoraban el primer siglo desde el restablecimiento de la jerarquía católica en Inglaterra, hay naturalmente un artículo dedicado a los escritores católicos; si les pasáis lista cuidadosamente, encontraréis que dos tercios son convertidos.

Es curioso el hecho, porque se oye decir que los intelectuales son los más difíciles de convertir; porque les falta humildad para reconocer el propio error. En tal caso habría que concluir que los escritores ingleses se llevan la dosis máxima de modestia. Realmente, el inglés medio no es orgulloso ni rígido; en su lenguaje todavía maneja las fórmulas que ellos llaman "understatement", y que consisten en rebajar al-

go los hechos o las propias impresiones. Cuando un español pregunta cómo hay que traducir el frecuente adverbio inglés "rather", se le contesta que no se traduce. Un español podrá decir que está "muerto de sed"; el inglés dirá que está "rather thirsty".

Es magnífico esto de que se conviertan personajes ilustres al catolicismo; pero el inglés, aun católico, prolonga su modestia privada en el celebrar o divulgar el triunfo. La gran prensa inglesa, Times, Daily Telegraph, Manchester Guardian, apenas se entera. Y la discretísima prensa católica, los semanarios The Catholic Herald, The Universe, The Tablet, despachan en pocas columnas o líneas el acontecimiento.

EDIT SITWELL

Esta escritora venerable es la última en la serie de convertidos; figura venerable, poco conocida en el extranjero (ni la enciclopedia italiana Treccani ni el Larousse francés registran su nombre). La antología de poetas modernos de la colección Penguin "The Centuries Poetry: Hopkins to Eliot" silencia galantemente su fecha de nacimiento; la enciclopedia alemana Herder nos comunica con precisión germánica que nació en 1887. El semanario americano Time la había dedicado una columna hace unos meses.

Si no podemos decir que Edith Sitwell sea una escritora de mucha actualidad, podemos decir que es una escritora venerable. Hace mucho que superó los años de combate, los tiempos entre 1916 y 21, en que con sus dos hermanos publicaba una revista de poesía combativa "Wheels". Primero cultivó una poesía "no comprometida", sin intenciones ni reflejos doctrinales, sin inquietudes problemáticas. Poemas ligeros, técnicamente acabados, de sensibilidad muy afinada. Más tarde su poesía se fue "comprometiendo" de problemas, de religión, de cristianismo, hasta concluir en la conversión.

Un poema como "Alborada" de exigencia formal y atrevidas imágenes, pero sin otros compromisos:

"Jane, Jane
tall as a crane,
the morning lighth creaks down again;"

Juana, Juanita
alta como una grulla,
la luz mañanera baja crujiendo de nuevo.

Peina tu pelo de cresta de gallo,

Juana, Juanita, baja las escaleras.

Las tristes y embotadas estalactitas de leño
de la lluvia crujen, endurecidas por la luz,
resonando como un ultrasonido
desde algún mundo solitario e ignorado

En la cocina habrás de encender
llamas atónitas, rojas y blancas,
como zanahorias o como nabos, brillando
donde la fría luz crepuscular yace gimiendo.

En unas breves declaraciones, poco
antes de ser recibida en la Iglesia ca-
tólica, señalaba algunos aspectos que
la habían atraído al catolicismo: "la

autoridad y el fuego". Es interesante el
tema del fuego, repetido en su poesía,
en algún momento unido a uno de sus
temas fundamentales, la Rosa.

Cuando se derrame la última sangre y fuego de mi Costado...
Porque avanzan los fuegos de Dios.

Sentada junto al fuego, contempla el fuego enfriándose.
vigila los campos, por ver renacer el milagro

En un poema escrito a propósito de
Hirshima y Nagasaki, encontramos los

versos siguientes:

Alta, sobre el muro,
la Rosa en que enrojecen las llagas de Cristo
grita a la luz:
"Mirame erguida sobre mi tallo, de brillo inefable,
efluvio de esencia brillante... desde mi corta vida
proclamo a Cristo, el Fuego definitivo
que destruirá a fuego el frío en el corazón del hombre.

La autoridad y el fuego, interesante
combinación o síntesis humana: auto-
ridad para la mente y fuego para el
corazón. Y tanto más curiosa, cuanto
que no son los valores supremos para
un inglés. El principio de la autoridad
no casa bien con la mentalidad ingle-
sa, un poco positivista, muy poco dog-
mática; respetuosa, sí; de tradiciones
e instituciones, pero reservándose siem-
pre el derecho individual de criticar.

En cuanto al fuego, tampoco parece
que sea el ideal humano de un inglés,
tan poco impulsivo, tan reservado, tan
acostumbrado desde niño a la inhibi-
ción de sus sentimientos y de su ex-
presión.

Tiene un poema, Edith Sitwell, bas-
tante significativo de esa lucha y afán
de síntesis entre el corazón y la cabe-
za. Se titula "Heart and Mind".

Dijo el león a la leona: —"Cuando seas polvo de ámbar,—
no más fuego furioso, como el ardor del sol,
(sólo afanoso del placer total)—
recuerda el hueso y la sangre de ámbar florecientes,
los músculos brillantes, rizándose como un mar,
recuerda las espinas de las garras brillantes,
aunque no hayamos de volver a unirnos
hasta que el fuego de aquel sol, el corazón, y el hueso frío de luna sean una cosa.

Dijo el esqueleto yacente sobre las arenas del Tiempo:
el gran planeta de oro que es el doliente ardor del Sol
es mayor que todo el fuego, más poderoso
que el cuerpo atezado de un león, consumido de fuego.
Como todo cuanto crece o salta... así es el corazón
más poderoso que el polvo todo. En un tiempo yo fui Hércules
o Sansón, fuerte como los pilares de los mares;
pero las llamas del corazón me consumieron, y la mente
no es más que un viento loco.

Dijo el Sol a la Luna: —"Cuando no seas más que un vejastorio blanco y solitario, y yo, un rey en mi armadura de oro, perdido en bosque sombrío, recuerda sólo ésto de nuestro amor desesperado: que nunca, hasta que el Tiempo concluya serán el fuego del corazón y el fuego de la mente una sola cosa.

Quiero citar otro poema significativo de Edith Sitwell: auténtica poesía religiosa en el momento propicio de los bombardeos de Londres el año 1940. El poema comienza de noche y se con-

tinúa en la alborada: Pero qué diferencia de actitud poética esta alborada trágica y esperanzada, comparada con la alborada, ligera y sin compromisos citada más arriba:

Sigue cayendo la lluvia—
oscura como el mundo del hombre, negra como nuestra perdición—
ciega como los milnovecientoscuarenta clavos
sobre la Cruz.

Sigue cayendo la lluvia
con un ruido como el pulso de un corazón transformado en golpe de martillo
en el Campo del Alfarero, como el ruido de los pies impíos
sobre la Tumba.

Sigue cayendo la lluvia
en el Campo de Sangre, donde las menudas esperanzas germinan, y el cerebro humano
nutre su codicia, gusano en la frente de Caín.

Sigue cayendo la lluvia
a los pies del Hombre Hambriento colgado de la Cruz.
Cristo, a quien cada día, cada noche clava allí, ten piedad de nosotros—
de los Ricos, de los Lázaros:
bajo la lluvia la llaga y el oro son iguales.

Sigue cayendo la lluvia
sigue cayendo la sangre del herido Costado del Hombre Hambriento:
El soporta en su corazón todas las heridas las de la luz que ha muerto,
la tenue chispa postrera
del corazón suicida, las heridas de la lúgubre tiniebla que no comprende,
las heridas del oso atrapado,
el oso ciego y gimiente, que el dueño golpea,
en su carne desvalida... las lágrimas de la liebre acosada.

Sigue cayendo la lluvia
Entonces— He de saltar hacia mi Dios, que me abate—
Mira, mira allí donde la sangre de Cristo mana en el firmamento:

Fluye de la Frente que clavamos en el árbol,
y penetra profundamente hasta el corazón agonizante, sediento,
que conserva los fuegos del mundo —renegrido de pena
como la corona de laurel de César.

Entonces resuena la voz de Uno que como el corazón del hombre
fué una vez un niño acostado entre bestias—
Yo sigo amando, sigo derramando mi luz inocente, mi sangre, por tí".

La contemplación del color de la aurora, como la sangre de Cristo que sigue manando y redimiendo, precisamente en la noche trágica de un bombardeo, es una proclamación de esperanza religiosa.

Leyendo a Edith Sitwell, le viene a uno el recuerdo de otra convertida, también venerable en el mundo de las

letras: Gertrud von Le Fort, la gran convertida alemana. Me complazco en aceptar el recuerdo para subrayar y comprobar el contraste entre Alemania e Inglaterra. En Alemania son raros los casos de convertidos entre los escritores; en Inglaterra son una constante.

LUIS ALONSO SCHOKEL, S. J.